



TOTO ESTIRADO

NOTAS E IMÁGENES DE UN POETA CONFUSO
MANUEL SORDO VICENTE & MANUEL SORDO OSUNA (EDS.)

EL PASEO EDITORIAL | SERIE GONG

© Manuel Sordo Vicente, 2022
© Manuel Sordo Osuna, 2022
© de esta edición: serie gong, 2022
© de esta edición: el paseo editorial, 2022
www.seriegongeditorial.com | www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: febrero de 2022

Diseño gráfico: Manuel Sordo Vicente / studiosponja.wordpress.com
Imagen de portada: *Autorretrato (Toto Estirado, 1993)* / Colección *totogallery*
Imagen fotográfica solapa: *Fotex*
Impresión y encuadernación: Gráficas la Paz

I.S.B.N 978-84-124077-7-8
DEPÓSITO LEGAL: SE-125-2022
CÓDIGO THEMA: DN:A

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos. Impreso en España.

UN PRÓLOGO SOBRE UN PROLOGUISTA / **10**
Manuel Sordo Vicente

ESTO NO ES UNA BIOGRAFÍA / **14**

SOBRE TOTO ESTIRADO / **24**
María Ruiz / Revista El Cau

NOTAS DIARIAS DE TOTO (1991/1992) / **35**

EL JOVEN TOTO EN LAS TERTULIAS DE ESPERANZA COVARSÍ / **78**
Manuel Iglesias

OTRO TOTO / **82**
Juan José Poblador

NOTAS DIARIAS DE TOTO (1992/1993) / **89**

TOTO EN SEVILLA / **120**

SOIS BELLOS, SOIS LUZ, OS VOY A LLEVAR A UN CAMPO DE MARIPOSAS DE COLORES. LA PINTURA DE TOTO ESTIRADO EN LA SEVILLA DE LOS 60 / **132**
Fran G. Matute

CUADRAS Y CARBONERÍAS: CONVERSACIONES CON PISCO LIRA / **138**

TESTIMONIOS SEVILLANOS / **140**

LA CARTA DE TOTO A SU MADRE QUE NUNCA FUE ENVIADA / **154**
José María Pachón

INÉS / **158**

UN ATLANTE EN EL GUADIANA / **164**

DOCTORITO, TÓCATE UN BLUES EN LA / **166**
Paco Portalo

EL TERREMOTO DE USAGRE / **172**

LA CORRIDA DEL SIGLO / **176**

TRES DÍAS SIN MORGAÑOS / **180**

TOTO, BADAJOZ Y LA SALA ACUARELA / **184**

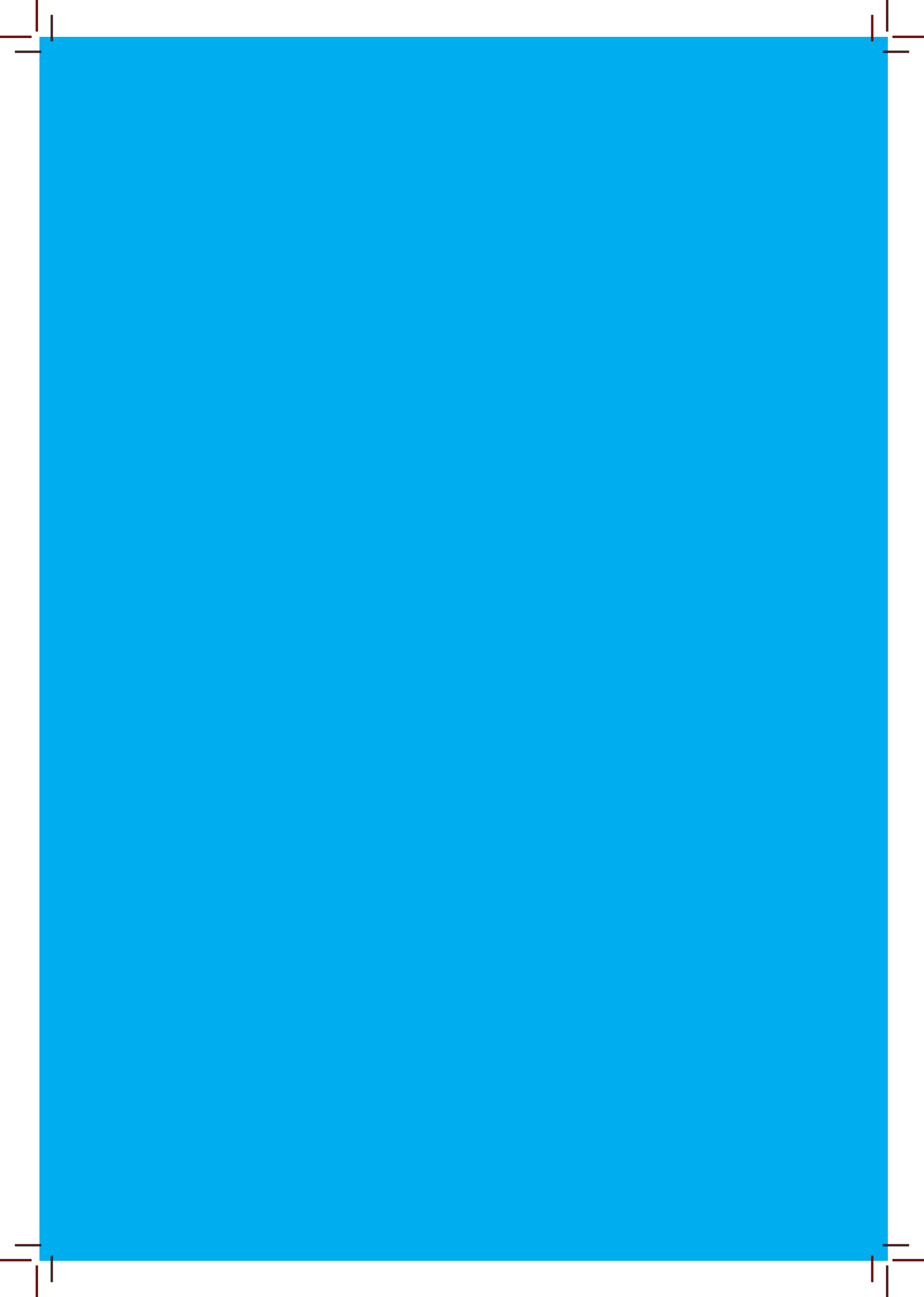
LA BICICLETA DE TOTO / **194**

NOTAS DIARIAS DE TOTO (1993/1994) / **201**

ALBUM DE FOTOS / **236**

JOSÉ ANTONIO CRUZ ESTIRADO (1939-1994): EL PROBLEMA DE LA VIDA / **240**
M^o Eulalia Martínez Zamora

TOTO DESPUÉS DE ESTIRADO / **242**



9:30 Mediodía
Sugar de la sombra
más corta... final
del error más
largo...

~~Antonio~~ Cova

UN PRÓLOGO SOBRE UN PROLOGUISTA

→ Por Manuel Sordo Vicente

11 de julio de 1994

Hoy he vuelto a perder el autobús y he tenido que ir andando hasta la escuela Adelardo Covarsí. He continuado encajando la venus a carboncillo y creo que va bastante bien. Tengo que acelerar por que el examen de acceso para entrar en Bellas Artes es ya el próximo lunes. A las 22:30H vuelvo a casa en el bus que cojo en Simago y nada más entrar por la puerta mi padre me suelta "Se ha muerto el Toto". Me resulta increíble, no sé cómo reaccionar y me voy a la cama sin cenar nada.

Disculpen comenzar un libro sobre la vida de Toto Estirado con unas líneas extraídas de mi propio diario pero no he podido evitarlo. Voy a tratar de explicarles el porqué.

En mi niñez, allá por los 80, era muy común escuchar aquellos chistes que comenzaban con la pregunta "¿Sabes cuál es el colmo de los colmos?" seguido de una respuesta: "¿Cuál es el colmo de un electricista? Que su mujer se llame Luz y los hijos le sigan la corriente.". El colmo de los colmos en mi casa, o en mi caso si prefieren, era querer ser artista siendo hijo

de galerista de arte. Y como para aquello de ser artista uno nace y no se hace lo más correcto sería decir que decidí estudiar Bellas Artes. Desde pequeño había dibujado mucho y bien pero lo que realmente me interesaba era todo lo relacionado con el cine y el mundo audiovisual.

Ya me habían advertido que para llegar vivo a esas asignaturas que más me interesaban en la Universidad de Salamanca tendría que aprobar pintura en los dos primeros años de carrera: yo no había pintado nunca en serio pero buscarme referencias que seguir aquí en Badajoz no era nada difícil. Mi padre regentaba la Sala Acuarela, en plena ebullición por aquel entonces, y allí era continua la presencia de esa *Santísima Trinidad* formada por Luís Costillo, Domingo Frades y Luís Piris. Yo los veía, los escuchaba y a veces los incordiaba filmándoles con mi cámara de video en cada inauguración, esperando sacar algo en claro.

Seguramente ya intuyen que la otra figura en la que me quería ver reflejado era Toto Estirado, con esa capacidad para sintetizar cualquier motivo con unas pocas



Algunos de los recortes de prensa y materiales sobre Toto desde 1985 hasta la actualidad. Archivo de la Sala Acuarela

manchas de color y aparentemente muy poca técnica. Recuerdo que mi padre siempre me mostraba sus cuadros y me contaba en detalle.

“Esos dos Totos se vienen para casa, no los vendas” le decía mi madre. “Y ese tampoco”. En mi casa hubo, y sigue habiendo, muchos de sus cuadros. Mi madre casi siempre elegía los más abstractos y coloristas, y de alguna manera yo me vi en el futuro pintando algo parecido en la facultad. Añadan el atractivo que tenía por aquel entonces todo lo relacionado con el concepto de la *bohemia* y tendrán un potencial artista alumno de bellas artes delante de ustedes. Por lo tanto imaginen lo que significó para un servidor llegar a su casa sobre las 23:00H del 11 de julio de 1994 y enterarme de la muerte de José Antonio Cruz Estirado, justo una semana antes de examinarme para entrar en la Facultad de

Bellas Artes de Salamanca. Entonces yo tenía 18 años.

Pero para mí Toto era mucho más que su pintura. Desde adolescente mi padre me llevaba a la galería por las tardes y yo las pasaba leyendo o dibujando en la mesa detrás del mostrador. Desde allí la vista de la calle a través del escaparate era relativa porque siempre había muchos cuadros expuestos a la venta, pero por el hueco inferior que dejaban los caballetes a veces se veían llegar unas piernas muy flacas, con el pantalón lleno de pintura e incluso a veces alcanzaba para ver un poco más arriba y se apreciaba que traía carpetas o táblex debajo del brazo. Era él. Llegaba a la puerta y yo lo veía entrar como a cámara lenta, sin sentirse sus pasos porque en el suelo había moqueta. Mientras yo seguía buscando qué artista quería ser, Toto me impresionaba

por su aspecto, pero sobre todo porque siempre hablaba muy serio y muy sereno: *“Niño, ¿no está tu padre?”*. *“Si, Toto, está dentro del taller, pasa.”*. *“Mira lo que traigo, dile que te compre este CIMOC, es el último número”*. Toto pasaba al taller donde siempre tenía algo que hablar o negociar con mi padre aunque a veces salía de nuevo poco después: *“Niño, dice tu padre que me des dos de Acualux azul cyan que ahora echo cuentas con él.”*

Redactar este prólogo sobre un consumado prologuista y epiloguista como Toto, que escribía multitud de notas en las primeras y últimas páginas de sus libros, me lleva a recordar aquellas tardes de principios de los 90 cuando venía cargado con aquellas bolsas en las que poco a poco trasladaba a la galería su biblioteca para intercambiarla por materiales o vendérsela a mi padre. Para mí no hubiera sido lo mismo conocer la obra de los autores que leía en aquellos tiempos, los Isaac Asimov, Lovecraft o Dostoievski, si no fuera por esas notas de Toto en cada uno de esos libros que se iban acumulando en Acuarela en grandes pilas. Todos los libros que yo devoraba en mis inicios como lector comenzaban y terminaban con unas palabras de Toto. Recuerdo que hace años me olvidé en un avión en el que volvía de Perú un ejemplar de *“El lobo estepario”* -de Alianza Bolsillo- y recuerdo que lo que más me gustó de esta obra de Hermann Hesse fue que contenía tres días de la vida de Toto en una estancia en Llerena.

De Usagre a Los Colorines

Cuenta la leyenda –una más, de aquellas patriarcales- que de la alcazaba de Usagre se escapaba una mora, hija del sultán, para ir a ver a su enamorado cristiano. La mujer se peinaba su melena y cantaba canciones en las murallas, hasta que su padre detectó el asunto. Al seguirla

un día hasta la fuente el padre confirmó el enamoramiento y ordenó matar al joven amante, pero la luna lo vio y fue a contárselo a la mora. Su dolor fue tal que terminó arrojándose a la fuente y murió ahogada. Desde entonces se cuenta que todas las noches de San Blás aparece saliendo de la fuente una figura femenina transformada en sirena entonando bellas y tristes canciones, mientras se peina sus cabellos.

La otra leyenda de Usagre que conocemos es Toto Estirado. Como tal seguirá evolucionando por transmisión oral, como toda buena leyenda, pero vamos a intentar recoger algunos retazos en esta publicación. Con este libro pretendemos rendirle un quizás tardío y siempre incompleto homenaje -ojalá no sea el definitivo-, dirigido a todos aquellos que le conocieron y también a todos los que no le conocieron, oyeran o no hablar de él.

Pero este libro no es una biografía. Tampoco es un catálogo. Por eso hablamos de Notas e imágenes, por que podrán degustar multitud de escritos de su puño y letra encontrados en sus libros, fotografías de muchas épocas y gran cantidad de obras amablemente cedidas por sus propietarios, pero nunca deberán tomarlo como un estudio biográfico exhaustivo. Queremos que sea un libro imprevisible, como cuando Toto salía de su casa y no sabía a ciencia cierta si vendería sus cuadros o conseguiría materiales para seguir pintando.

El contenido trata de seguir un orden cronológico según las diferentes etapas vitales de Toto a excepción de sus notas diarias (por suponer un alto porcentaje del libro pero corresponder la mayoría a los tres últimos años de vida). Como no queríamos acumularlas en orden al final han sido intercaladas por bloques en diferentes capítulos junto a obras, fotografías y artículos de varios autoras y autores.

Y ahora otro *colmo de los colmos*: quienes busquen en internet a Toto verán hasta qué punto fue un personaje marginalizado hasta en lo simbólico, algo que se hace evidente incluso en el ejercicio abstracto de buscar en la red de redes: “*Denuncian en Toto Estirado nuevos disparos*” o “*Desmantelados dos puntos de venta de droga en una operación policial en la plaza Toto Estirado*” o también “*Desalojada una mujer y un menor de la plaza de Toto Estirado por ocupación ilegal.*”

No deja de ser curioso que a su muerte Toto diera nombre a una plaza en Los Colorines, barrio de Badajoz que sufre desde siempre ese estigma de peligrosidad y degradación, víctima de la mala gestión política de los problemas y la exclusión de los grupos más vulnerables de la sociedad. Ni siquiera se colocó una placa en dicho lugar.

Y ahora agradecer es lo mínimo que podemos hacer a todas las personas que han colaborado en este libro necesariamente colectivo: a José María Pachón, con el que comencé a maquinar esta aventura en junio de 2019 cuando vino desde Sevilla con unos maravillosos dibujos de Toto. A Javier y Gonzalo García Pelayo por confiar en nosotros desde el inicio y tener esa costumbre de lanzarse al vacío desde la editorial Letras Gong, aquí junto a El Paseo. A la mucha gente que ha permitido reproducir sus obras y fotografías de Toto, debidamente acreditados hasta donde hemos podido concretar. También a quienes han cedido amablemente sus textos y artículos (María Ruiz, Eulalia Martínez Zamora, Juan José Poblador, Fran G. Matute, indispensable desde Sevilla) o se han prestado a comentar las notas diarias de Toto desde aquí y desde allá, en especial a Paco Portal, Manolo Barrera, Juan Carlos Santana, Luís Piris, Inés Nogales, Lola Luengo,

Pisco Lira, Lolo Iglesias, Sixto Barroso, Curro El Barbero o Manolo Cáceres: a todos gracias por su paciencia y amabilidad conmigo y también a los buenos consejos de Carlos Luengo y su labor desde el blog *Otras Voces, otros ámbitos* así como al Ayuntamiento de Usagre.

A título personal me gustaría que este libro fuese también un homenaje a mi padre Manolo, por su inagotable labor y lucha por el arte y la cultura en Badajoz durante tantas décadas.

Y por último, el libro está dedicado a otra sirena, que, como la de la leyenda de Usagre, se nos sigue apareciendo de vez en cuando: mi madre, Carmen.



Parte de la biblioteca de Toto. Archivo Sala Acuarela